



Revista Mad. Revista del Magíster en
Análisis Sistemico Aplicado a la Sociedad

E-ISSN: 0718-0527

revistamad.uchile@gmail.com

Facultad de Ciencias Sociales
Chile

Román, José Antonio; Tomicic, Alemka; Avendaño, Cecilia
Solidaridad como problema
Revista Mad. Revista del Magíster en Análisis Sistemico Aplicado a la Sociedad, núm. 2,
2007, pp. 151-183
Facultad de Ciencias Sociales
Santiago de Chile, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=311249719008>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Solidaridad como problema

José Antonio Román*

Alemka Tomicic**

Cecilia Avendaño***

Palabras clave

Solidaridad, construcción social, vínculo social, discurso, neoliberalismo

* Psicólogo y licenciado en Psicología Pontificia Universidad Católica de Chile, magíster y doctor (c) en Psicología Social Universidad Autónoma de Barcelona, España. Profesor adjunto Escuela de Psicología Universidad Alberto Hurtado. jroman@uahurtado.cl

** Licenciada en Psicología Pontificia Universidad Católica de Chile, investigadora asociada Escuela de Psicología Universidad Alberto Hurtado. atomicic@uc.cl

*** Magíster en Medicina Social Universidad Autónoma Metropolitana de México y doctora en Psicología Universidad Pontificia de Salamanca. Académica Departamento de Psicología Universidad de Concepción. ceavendano@udec.cl

Resumen. El artículo aborda la solidaridad como un vocablo de importante protagonismo cultural en nuestro país, tal que es empleado cotidianamente para resolver gran variedad de situaciones en que es necesario concitar la ayuda, como referente para la evaluación de la calidad moral de una acción, persona o colectivo, y hasta ha llegado a establecerse un mes de la solidaridad. Sin embargo, esta relevancia no ha sido acompañada de una línea correlativa en investigación social. En este contexto, el artículo se propone problematizar la noción de solidaridad, de tal forma de dejar de pensarla como dato, y poder comenzar su reflexión como un problema de estudio en la investigación social nacional.

- El siguiente trabajo, así como la información de fuente propia que se expone, han sido posibles gracias al Fondo Interno de Investigación de la Universidad Alberto Hurtado y al posterior financiamiento de Fondecyt para el proyecto N° 1061250, actualmente en curso.

Introducción

‘Solidaridad’ es una noción frecuentemente socorrida en el habla de chilenos y chilenas, y que posee un protagonismo cultural histórico en nuestro país (Dockendorff 1993, Informe Ethos 2002). De hecho, a través de ella se han transportado —y aún se vehiculan— cuestiones tan caras a la vida de una sociedad como las relaciones de ayuda, la reciprocidad del vínculo social, el sentido de la equidad y de la caridad, por nombrar algunas. Esto, en ámbitos diversos de la vida cotidiana, como las relaciones personales más íntimas familiares y de amistad, como en escritos académicos, discursos públicos y sermones religiosos.

‘Solidaridad’, en diferentes contextos y desde distintos ámbitos de la vida social, es algo a lo que se puede apelar en nuestra sociedad para concitar y conseguir una determinada conducta, ya sea individual o colectiva, puntual o sostenida. Y a tal punto parece o intenta conformar parte de nuestros repertorios culturales, que en Chile existen un ‘mes de la solidaridad’ y un ‘mes de la patria’, que le sucede.

Sin embargo, a pesar de la importancia cultural que la solidaridad tiene en nuestra sociedad, es poco lo que se ha sistematizado sobre los significados y sentidos que son involucrados cuando se la invoca, aun siendo patente que, según se la use, se pueden estar aludiendo asuntos tan distintos como donar el sencillo del vuelto del supermercado para una fundación de beneficencia o apoyar a un país en desgracia.

Es difícil explicar este descuido desde las ciencias sociales, si bien es posible argüir muchas fuentes plausibles. Quizás la primera tenga relación con aquel refrán oriental que señala que ‘lo último que conoce el pez es el agua’. Así también, lo más difícil de la investigación tal vez consista en conocer aquellos aspectos constitutivos de nuestra cultura e idiosincrasia. Otro asunto puede estar relacionado, sin duda, con los últimos veinte años de imperio de perspectivas *etic* en investigación social, que han acostumbrado más bien a la importación de objetos para ser estudiados en nuestro contexto, y en cuyo seno la solidaridad, con nombre propio, no figura en la lista de la aduana del conocimiento científico chileno.

Empero, con el ya suficiente desarrollo de perspectivas *emic*, y su creciente validación en ciencias sociales, tanto afuera como dentro del país, lo que se volvería verdaderamente difícil de explicar sería la continuidad de ese descuido.

Por eso, este artículo pretende cumplir la modesta labor de poner un halo de extrañamiento sobre la noción de solidaridad, de tal forma de dejar de pensarla como dato, y poder comenzar su reflexión como un problema de estudio en la investigación social nacional.

Rodeo a un constructo disperso

Un ejercicio de reflexión etimológica

Si seguimos las definiciones que nos aporta el Diccionario de la Real Academia Española, etimológicamente el significado y uso de la palabra solidaridad, la atan a las de *solidario* y *sólido* (RAE U 1992:1346,3) y presenta simultáneamente una figura coloquial y otra de derecho. En la primera acepción, solidaridad refiere a la “adhesión circunstancial a la causa o a la empresa de otro”, y el adjetivo solidario/a se aplica a esta situación. En la segunda, solidaridad “se dice de un modo de derecho u obligación in sólido” (RAE U 1992:1346,3); y el adjetivo se aplica tanto a este tipo de obligaciones como a los individuos que la contraen. En ese contexto, una *obligación solidaria* es aquella en que cada uno de los acreedores puede reclamar por sí el cobro de la totalidad del crédito, o en que cada uno de los deudores se compromete a satisfacer la deuda entera (a ser solidario sobre ella).

Así, desde sus inicios el uso del vocablo solidaridad reúne una acepción doble: en su forma coloquial refiere una adhesión *circunstancial* a la causa o empresa de otro, mientras que en su forma legal remite a una *relación contractual* que *obliga* a sus contrayentes sobre derechos o deberes, constituyéndolos en corresponsables de un crédito o deuda, es decir, un tipo de vínculo en que *lo de otro* me incumbe, se vuelve mío, y viceversa. En esta segunda acepción, además, la relación obliga a responder *en sólido*, es decir, materialmente.

Pero, en ambos casos, la raíz remite a *sólido*, que como adjetivo se dice de los cuerpos macizos, firmes, fuertes o densos por su cohesión molecular, así como de los argumentos bien asentados en razones contundentes, y que como nombre propio designó a una moneda de oro de los antiguos romanos equivalente a 25 denarios (es decir, una moneda fuerte). Y se emparenta, por ende, con *solidar*, que significa “establecer o fundar una cosa en razones verdaderas o firmes” (RAE U 1992:1346,3).

Es por eso que tal vez se piense también la solidaridad, simultáneamente, como un fundamento de las relaciones sociales y como un tipo de relación en que se responde sólidamente por el asunto de otro o en que responder con solidez por el asunto de otro es un asunto mío.

Esta última doble acepción es la que ha permitido pensar la solidaridad como fundamento de la vida social, ya sea como condición sine qua non y/o como imperativo, es decir, que la sociedad se funda (o debiera fundarse) en un tipo de vínculo en que: a) cada uno responde (o debe responder) por los otros, y viceversa; b) responder por el otro es (o debe ser) un asunto ‘mío’, y c) cada miembro es (o debe ser) responsable del total del destino social. Vale decir, una sociedad que se funda en la solidaridad de sus miembros y la solidaridad del vínculo que establecen entre sí.

Una vuelta por nociones básicas de solidaridad en sociología

En la sociología el término solidaridad proviene de dos corrientes. Una de ellas enfatiza la cualidad de una comunidad de lograr armonía en la diversidad y, otra, de lograr la interdependencia de las partes de un organismo complejo.

Durkheim (Tirón 1998) construye su planteamiento a partir de ambas tradiciones. Plantea que la solidaridad es producto de la división del trabajo, puesto que ella produce formas de actuar caracterizadas por la regularidad que generan hábitos y reglas de conducta que manifiestan la dependencia mutua entre los organismos solidarios. Los casos en que la división del trabajo no produce solidaridad corresponden a división del trabajo coercitiva, esto es, “cuando la reglamentación ya no corresponde a la verdadera naturaleza de las cosas y, por consiguiente, no teniendo base en las costumbres, no se sostiene sino por la fuerza” (Tirón 1998:68). Pero también comprende la solidaridad social como resultado de la fuerza cohesiva de las representaciones colectivas, es decir, los “sistemas de creencias y sentimientos de tipo religioso, moral, cognitivo y político que son creados por la sociedad, que cambian con ella y que tienen por objeto la representación y figuración social” (Tirón 1998:72).

Durkheim denominó *solidaridad orgánica* a aquella presente en un colectivo social en que la interdependencia se realiza en la complejidad y división del trabajo, una integración a través de la cooperación en la que el individuo cobra autonomía respecto del grupo; y *solidaridad mecánica* a aquella presente en las comunidades con identidad y cohesión social muy fuertes, basada en una conciencia colectiva las más de las veces religiosa, la que liga muy estrechamente al individuo con el grupo (De Lucas 1993, Tirón 1998).

Siguiendo este último sentido, De Lucas (1993) ha planteado la solidaridad como un hecho social que consiste en la interdependencia basada en la comunidad de necesidades, y la división del trabajo como elemento clave y tejido conectivo del grupo social, factor de unión que hace posible la cooperación en el conflicto. Desde esta perspectiva, implica conciencia conjunta de derechos y obligaciones, conciencia de que “la necesidad recíproca entre el yo y el otro/los otros debe estar puesta al desarrollo libre y compartido de las posibilidades de todos los miembros del grupo y ello debido a la igualdad básica de los hombres: el otro es ‘otro yo’” (De Lucas 1993:104).

Por su parte, otra perspectiva importante en sociología es la aportada por Mauss (1999), quien ha vinculado el surgimiento del *Estado solidario* a la necesidad de circulación de los bienes en una comunidad. Este autor ha planteado que la naturaleza y circulación del don (regalos, presentes) se rige por tres reglas que garantizan a esta última: i) dar, ii) recibir y iii) volver a dar. El intercambio capitalista habría

roto este flujo, ya que sólo primarían en él las dos primeras. La idea de Estado solidario se inspiraría en este análisis, cifrando en el Estado, a través de sus mecanismos de redistribución del ingreso, la responsabilidad de mantener el flujo de los recursos y garantizar este pacto de la convivencia social.

Desde esta perspectiva es que pensadores como Petrella (1997) han sostenido que la solidaridad, junto con el postulado de la ciudadanía social, es uno de los dos principios fundacionales de la sociedad occidental del Estado de *Welfare*, que implica una superación de la idea de Estado vinculado a la mera labor de asistencia pública (*solidaridad altruista*), y el paso a un Estado basado en una noción mutualista del porvenir y del bien común (*solidaridad mutualista*).

A pesar del debate contemporáneo sobre el fin del Estado de *Welfare*, y el inicio del Estado gestor del desarrollo económico, la noción de solidaridad no ha desaparecido de la discusión. Y es que se la ha relacionado como uno de los capitales sociales que este nuevo Estado ha de gestionar con miras a un mejor desarrollo económico y social, en cuanto implica una capacidad para adherir a una causa ajena y sienta las bases para procurar y asegurar el bien común (Errázuriz 2001). El capital social se relacionaría con los lazos de cooperación y solidaridad entre las personas, y por ello se concluye que una cultura para el desarrollo requiere de la confianza y la solidaridad social, siendo estos dos factores centrales y de mutua potenciación.

En ese sentido se ha señalado que la solidaridad favorece el ejercicio de la democracia: “El reconocimiento de los sujetos individuales y de su libertad, junto al ejercicio de la justicia social expresado en igualdad ante la ley y las oportunidades sociales (...) conforman un marco social donde la solidaridad tiene un amplio marco de expresión” (Errázuriz 2001:14).

No obstante, asimismo se ha reconocido que el funcionamiento actual del sistema democrático no alcanza para crear un sentimiento de unidad entre las personas, y que la suma de libertades individuales sin compromiso social y necesidad de pertenencia, conduce a la manifestación de una libertad sin límites que no permite un enfoque común, lo que redundaría en una gran fragmentación social (Errázuriz 2001; PNUD 2000, 2002a).

Reducción de la solidaridad en la psicología social dominante

La psicología social de origen anglosajón ha extendido el constructo de *comportamiento prosocial* para el estudio de “aquellos actos en los que se ayuda a los demás y que no aportan beneficios obvios para la persona que los lleva a cabo” (Baron y Byrne 2000:450) y, a veces de manera análoga, el de altruismo para designar de modo genérico una psicología de la ayuda a los demás (Worchel, Cooper, Goethals

y Olson 2002). Sin embargo, contemporáneamente se ha intentado realizar ciertas distinciones. Así, Moya (1999) distingue entre *conducta prosocial*, conducta de ayuda, altruismo y cooperación. Reserva el término de conducta prosocial para un ámbito más general que abarca aquellas acciones que la sociedad y el sistema político en vigor definen como beneficiosas para otros. Una *conducta de ayuda* sería aquella cuya consecuencia es el beneficio o incremento de bienestar en otro. El *altruismo* sería más restrictivo como concepto, limitándose a aquellas acciones que benefician a los demás pero que suponen desinterés por parte de quien las realiza. La *cooperación* sería una conducta prosocial de carácter recíproco.

Como se aprecia, la solidaridad no forma parte a título propio de los constructos que este tipo de psicología estudia. Además, coincidentemente a la matriz conductual-cognitiva (Gergen 1996) que subyace a los constructos de *conducta* y *comportamiento*, la mayoría de estos estudios han tomado como problema básico de investigación la ayuda individual frente a casos de emergencia. Incluso cuando se enfrentan colectivos o conductas de ayuda sostenidas (como el voluntariado), la pregunta sigue siendo qué hace que dentro de un grupo un individuo ayude (De Cremer y Van Vugt 1998, Hogg y Hains 1996), o qué hace que un voluntario persista o desista (Vecina y Chacón 1999). Así, los enfoques explicativos de la conducta prosocial han hecho énfasis en diversos aspectos en juego en la conducta de ayuda: rasgos de personalidad de la persona que ayuda, características de la víctima, relación entre las características de una y otra, aspectos cognitivos y motivacionales, factores ambientales y motivos subyacentes, por nombrar los más usados (Baron y Byrne 1998; Moya 1999; Worchel, Cooper, Goethals y Olson 2002).

Esto incide en que se haya asumido al individuo como unidad de análisis (conducta, cognición, motivación, etc.), procurando explicar y predecir las condiciones bajo las cuales un individuo sería más proclive a la ayuda a otro. Asimismo, a pesar de que el objeto está puesto sobre conductas o comportamientos de ayuda a otro, los modelos y teorías explicativos derivados de estos estudios se basan en la imagen de un individuo que realiza la conducta de ayuda movido por algún tipo de beneficio y que ejecuta una serie de cálculos antes de decidir la ayuda (Baron y Byrne 1998, Moya 1999, Worchel et al. 2002).

Por ejemplo, se ha planteado que ante la emergencia las personas responden de manera de *maximizar un afecto positivo y minimizar el negativo* (es decir, con una motivación egoísta), tal que si la necesidad de ayuda es clara y no implica consecuencias negativas para el ayudador, las emociones positivas tendrían como resultado un comportamiento prosocial (Baron y Byrne 2000). También se ha precisado que un estado de ánimo negativo podría contribuir a un comportamiento prosocial si los sentimientos no son demasiado intensos, si la emergencia es obvia y si el acto de ayuda es interesante o divertido, más que difícil o desagradable (Bersowitz 1987,

Cialdini y Bauman 1982, Cunningham et al. 1990, en Baron y Byrne 2000). Esto ha apoyado la *hipótesis del gozo empático*, en que el ‘ayudador’ se movería a actuar animado por un sentimiento positivo hacia la víctima y porque la conducta de ayuda le reportaría un sentimiento positivo y una satisfacción (Smith, Keathing y Stotland 1989, en Baron y Byrne 2000); y la *hipótesis empatía-altruismo*, que plantea que ante la situación de emergencia la empatía hacia la víctima crece, y la persona realiza la conducta de ayuda simplemente porque la víctima lo necesita y ayudar sienta bien (Batson et al. 1991; Batson y Oleson 1991 en Baron y Byrne 2000; Bateson 1991 en Moya 1999; Batson y Col 1981 en Worchel et al. 2002). También ha inspirado el *modelo del alivio del estado negativo*, que plantea que ante la situación de emergencia el espectador experimenta un afecto negativo creciente (o que podría vivenciarlo por alguna otra razón), pero que la persona prestaría la ayuda para reducir ese afecto negativo y sentirse mejor (Bauman y Kenrick 1981, 1987 en Baron y Byrne 2000; Cialdini y cols. 1973 en Moya 1999; Cialdini y cols. 1987, 1997 en Worchel et al. 2002). Como un intento de integración de los planteamientos anteriores se ha formulado la *hipótesis de la unidad* (Cialdini, Brown, Lewis, Luce y Neuberg 1997 en Worchel et al. 2002) que “sugieren que sentir empatía por alguien produce una unión entre el sentido del yo propio y el yo del otro, el cual denominaron unidad” (Worchel et al. 2002:292), por lo tanto, en el sentido de unidad, ayudar a otro sería equivalente a ayudarse a hacer algo positivo por uno mismo.

El constructo de solidaridad: un aporte de la psicología social latinoamericana

Al respecto, los aportes del psicólogo social latinoamericano Ignacio Martín-Baró (1995) son importantes. Él utiliza el constructo de *acción prosocial* proveniente de las teorías de la acción social que ponen su atención en el carácter social de la acción, esto es, en los procesos (sociales) mediante los cuales la acción (social) se organiza en cuanto acción (social).

De esta manera, una acción prosocial es socialmente organizada y constituida y puede ser realizada en forma colectiva. Coincide con Moya (1999) en definir una acción prosocial “como aquella cuyo producto es socialmente beneficioso, y más específicamente como aquella acción que beneficia a otras personas” (Martín-Baró 1995:304), subrayando que el carácter de *prosocial* de una acción es relativo a la sociedad o sector social que la califica como tal y que, por tanto, un análisis psicosocial debe dar cuenta de los conflictos y relaciones de poder implicados en esa asignación. En tercer lugar, realiza una clasificación de la acción prosocial en tres tipos: el altruismo, los actos de cooperación y de solidaridad. Como se aprecia, su

clasificación considera la *acción solidaria* con título propio, y se basa en la evaluación de la relación de estas acciones en relación al bien común, la justicia social y la responsabilidad colectiva.

A semejanza de la concepción de Moya (1999), lo distintivo del *altruismo* radica en que implicaría una acción cuyo objetivo es beneficiar a otro de manera voluntaria y desinteresada. Lo propio de la *cooperación* es que contribuye a la unidad y desarrollo sociales, privilegiando el bien común por encima del bien individual. Lo propio de los *actos de solidaridad*, en tanto, es que aportan al progreso de las estructuras de justicia por medio del apoyo a personas o sectores más débiles y al fortalecimiento de la responsabilidad colectiva. Así, la *solidaridad* sería un comportamiento prosocial cuya especificidad radica en que contribuye a la justicia social y a la responsabilidad colectiva y que, por tanto, debiera ser de carácter permanente y distribuido en la variedad de la interacción y la convivencia social.

Una noción de potencial utilidad para el estudio de la solidaridad: apoyo social

El *apoyo social* es un constructo central en la psicología comunitaria; proveniente del mundo anglosajón, ha tenido un importante desarrollo desde los años 70. La utilidad que puede prestar para una investigación empírica sobre solidaridad estriba en que está destinado al estudio de las transacciones de ayuda entre personas que comparten espacios de trabajo, estudio, vecindarios, etc., que incluye ayuda en situaciones de emergencia, de pérdidas, amenazas a la salud, adversidad personal, entre otras, en que recibimos apoyo y/o apoyamos en información, seguridad, consejo y ayuda material. El apoyo social contribuiría al sentido de comunidad, a la percepción de seguridad y bienestar, y constituiría un recurso natural en las comunidades (Barrera 2000).

Lin y Ensel (1989) han defendido *apoyo social* como el proceso de percepción y/o recepción mediante el cual se proveen en la estructura social recursos sociales para satisfacer necesidades funcionales (instrumentales o expresivas) tanto en situaciones cotidianas como de crisis.

Esta definición articula los cuatro ejes que el conjunto de investigaciones previas permitió identificar como más relevantes en el estudio del apoyo social (Gracia, Herrero y Musitu 1995):

1. Para la evaluación de apoyo social que hace el individuo son importantes la ayuda percibida como disponible y la ayuda percibida como la recibida efectivamente.

2. El apoyo social puede producirse en tres ámbitos diferentes: la comunidad, las redes sociales y las relaciones íntimas; en otras palabras, a nivel micro, mezo y macrosocial.
3. La ayuda puede ser principalmente de dos tipos: instrumental (como medio para conseguir otros objetivos) o expresiva (como fin en sí misma).
4. Tanto el apoyo cotidiano como el que se recibe en situaciones de crisis son importantes desde el punto de vista del bienestar y la salud.

En una perspectiva teórica más amplia, en la actualidad es posible distinguir dos niveles de análisis del apoyo social: estructural y funcional (Abril 1997). El *análisis estructural* estaría centrado en la dimensión más objetiva de las relaciones que constituyen la red social del individuo y consideraría dos enfoques: el análisis de la integración social (participación e integración comunitaria) y el análisis de la estructura de las redes sociales (parámetros estructurales tales como tamaño y densidad de las redes; y parámetros interaccionales, tales como reciprocidad, frecuencia, dispersión geográfica u homogeneidad de las redes). En cambio, en el nivel de *análisis funcional* el foco estaría en la evaluación subjetiva del apoyo social, especialmente en las conductas de apoyo —percepción y recepción de apoyo— y en las funciones implicadas en esas conductas.

En general, en los estudios realizados está presente el supuesto de que todos necesitamos de otros para satisfacer ciertas necesidades básicas, las así denominadas *necesidades interpersonales*. En este último nivel de análisis, Cutrona (1996) ha señalado que aunque la terminología pueda diferir de un teórico a otro, aparece una y otra vez un conjunto de funciones nucleares satisfechas por las relaciones, que incluyen: a) apoyo emocional (expresiones de amor, empatía y preocupación); b) apoyo a la estima (respeto por las cualidades de la persona, creencia en sus habilidades, pensamientos y sentimientos o acciones de validación de la persona); c) apoyo informacional (información sobre los hechos, consejería, evaluación de la situación), y d) apoyo material (asistencia con tareas o recursos físicos, tales como dinero o un lugar para vivir).

Otro constructo afín: responsabilidad social

Un concepto que se abre paso en el seno de un proceso de neoliberalización económica y política es el de *responsabilidad social*, que tiene antecedentes diversos en la filosofía en autores como Aristóteles, Locke y Kant, y más recientemente en la difundida obra de Rawls, que lo vinculan con una reflexión ético-política sobre la naturaleza del contrato social: idea según la cual nuestros destinos en tanto sociedad

son mutuamente dependientes, y donde cada uno es responsable del destino del conjunto (Donaldson y Werhane 2002).

En los últimos veinte años este concepto ha sido desarrollado y usado para pensar la responsabilidad social de instituciones como empresas privadas y universidades. Así, en el ámbito de las primeras, a través del hoy popular constructo de *responsabilidad social empresarial* se enfrenta el desafío de conciliar los intereses privados con los de la comunidad; por ejemplo, cómo la empresa puede contribuir al mejoramiento de la calidad de vida de la localidad en que se inserta y al cuidado del medio ambiente (Donaldson, Werhane y Cording 2002). En las instituciones educativas, el asunto se ha centrado en cómo ellas piensan y aportan a las demandas que les plantea la sociedad donde se insertan. De esta manera, la responsabilidad social implica relaciones con otros formadas por consideraciones éticas de justicia y preocupación, además de conciencia de formar parte de una comunidad local y global (Rivera 2002, Teixidó y Chavarri 2000).

En psicología social el constructo de responsabilidad social se ha usado cuando se ha estudiado también la conducta de ayuda a otros desde la perspectiva de las normas y roles sociales, la cual argumenta que nuestro comportamiento está influido por las normas y roles grupales. Dos normas han sido aplicadas a la comprensión de la conducta de ayuda. La *norma de reciprocidad*, que señala el deber de ayudar (y no atacar) a otros que ayudan o que se cree en el futuro podrían ayudar, y la *norma de responsabilidad social*, que plantea que una persona debería ayudar a otra cuando esta depende de la primera (Gouldner 1960 en Worchel et al. 2002; Moya 1999).

Utilidad de una perspectiva construccionista para un estudio de la solidaridad

Entre los estudios “de la ayuda individual ante situaciones puntuales” que priman en la psicología social dominante y las conceptualizaciones sociológicas más estructurales de la solidaridad, se abre un interesante campo de estudio psicosocial de la solidaridad, que pensamos puede ser abordado productivamente desde una perspectiva construccionista: el estudio de las diversas versiones emergentes sobre solidaridad, sus usos, debates y diferentes efectos sociales.

La psicología social construccionista guarda una afinidad con el ámbito de estudio del constructo de *representaciones sociales* acuñado por Moscovici (Farr 1986, Ibáñez 1989, Jodelet 1986, Herzlich 1975), que a su vez se deriva de la noción de *representaciones colectivas* en Durkheim, pero no en la dirección en que lo ha desarrollado ya la psicología social cognitiva, como representaciones sociales mentales, sino en el sentido de pensar cómo estas representaciones son construidas con

materiales y herramientas también sociales, tales como los discursos usados en las conversaciones cotidianas, en los textos de estudio, en la publicidad institucional, por nombrar algunas. Podríamos decir, entonces, que el construccionismo en psicología ha propiciado el estudio de la construcción social de las representaciones sociales (Ibáñez 1994, 1996).

En este nivel, por ejemplo, una clásica investigación en representaciones sociales sobre solidaridad podría concentrarse en evidenciar la estructura de contenido y la relación de las dimensiones de la representación social de solidaridad que las personas o grupos de personas realizan (extrayendo el núcleo figurativo de la representación, evaluando la cantidad y calidad de información que las personas manejan y sus actitudes hacia la solidaridad). En cambio, una perspectiva construccionista se interesa también por cómo esas 'representaciones' son realizadas en el discurso en uso, en diversas instancias y variados materiales sociales, como la publicidad, misión o declaraciones públicas de distintas instituciones, ya que la 'voz' de las instituciones, así como otras voces mediadas en la prensa, suelen tener un peso especial en los procesos de 'anclaje' y de construcción de realidades (Potter 1998).

Pero, además, el construccionismo ha propuesto otro énfasis a estos estudios, relacionado con el *giro lingüístico* y el entendimiento del lenguaje como práctica social (Íñiguez 2003): estudiar el discurso y las representaciones sociales en él construidas no sólo como 'representaciones de algo', sino como prácticas sociales de 'construcciones de algo', en el sentido de que el discurso no sólo representa al mundo, sino que en cuanto lo enuncia, lo construye (Gergen 1996, Ibáñez 1996, Shotter 2001).

Esto exige entender que cuando las personas hablan y refieren acontecimientos, objetos y/o personas, hacen al menos dos cosas simultáneamente: a) representan el mundo circundante y colaboran con su participación a la construcción de determinadas versiones de este, y b) se orientan ya en el mundo acometiendo acciones con el lenguaje (solicitando, ordenando, describiendo, etc.), contribuyendo así a la realización de un determinado orden de cosas o realidad (Potter 1998, Shotter 2001).

Este estudio del discurso como práctica social ha sido ampliamente desarrollado en perspectiva construccionista por la *psicología discursiva* (Edwards y Potter 1992) y el análisis del discurso levantado desde ella (Íñiguez 2003, Potter y Whetherell 1987, Potter 1998).

De este énfasis en el discurso como práctica social se derivan otros dos intereses de una perspectiva construccionista y discursiva, que la diferencian de los estudios en representaciones sociales: el interés por los efectos sociales de los discursos y por la diversidad de discursos sociales en disputa con sus respectivos efectos sociales en pugna (Íñiguez 2003, Potter y Whetherell 1987, Potter 1998).

Tomemos como ejemplo una supuesta pieza de publicidad, quizás de una ONG, que declamara ‘sea solidario’, para solicitar una donación pecuniaria. A la vez que en ella se estaría interpelando a hacer una determinada acción (donar dinero a través de una tarjeta de crédito, por ejemplo) se estaría contribuyendo a la construcción de la solidaridad como *ayuda pecuniaria a personas necesitadas a través de donaciones a instituciones de beneficencia*.

Ese discurso tendría como efecto social inmediato un determinado tipo de distribución de la responsabilidad social mediante un ‘canal de la solidaridad’ que iría desde los individuos particulares, pasando por instituciones mediadoras, hacia ciertas personas ‘necesitadas’, que acentuaría el carácter pecuniario y de beneficencia de la ayuda solidaria.

Un discurso así sostendría —y sería sostenido a su vez por— un modelo de sociedad que subraya la agencia y responsabilidad social del llamado ‘tercer sector’, y sería distinto en construcción y efectos a uno de una empresa privada que colaborara en campañas del tipo ‘mientras más consumes, más ayudas’. Como puede apreciarse fácilmente, este último tendría en común con el anterior solicitar una ayuda pecuniaria para una causa de beneficencia, y también construiría la solidaridad como beneficencia pecuniaria, pero esta vez sus efectos sociales serían diversos: construiría un canal de solidaridad consumidor-empresa privada-beneficiario, en el que la solidaridad ya no sería entendida como ‘ayuda desinteresada a otro’ sino como ‘ayuda a otro satisfaciéndose a sí mismo’, sosteniendo un tipo de sociedad en que la solidaridad se realiza como consecuencia del consumo privado. A su vez, ambos se contrapondrían en construcción y efectos sociales, a aquellos que plantean la solidaridad en tanto contribución a las estructuras de equidad social —según lo planteado por Martín-Baró (1995)—, como los que se pudieron apreciar en ciertos emblemas de los gobiernos de la concertación (‘crecer con equidad’ o ‘educación de calidad para todos’).

En tal sentido, un estudio de las diversas versiones de la solidaridad en uso sería ilustrador de los diversos modelos de sociedad en pugna y sus respectivas maneras de concebir los derechos sociales, la responsabilidad y la índole del vínculo social.

Difícil solidaridad: habitar una sociedad anónima de responsabilidad limitada

La solidaridad es interesarse por el 'otro' y eso significa: valorar al otro, enfatizar la cooperación, disminuir la competencia y el individualismo, comprender las consecuencias para otros de los propios actos, ejercer las 'virtudes cívicas', acercarse a la realidad de los más pobres. (PNUD 2000:84)

La acelerada neoliberalización de la economía y política chilenas, propiciada por la dictadura militar, sin duda afectó la totalidad del sistema social, violentando las bases culturales sobre las que se sostenía con el facto de la implantación de realidades que parecían impensables en aquel momento: desde la violación sistemática de los derechos humanos hasta las transformaciones económicas que implicaron una reducción del Estado, el desmantelamiento de una parte importante de la industria nacional y la inestabilidad del mercado del empleo.

Uno de los efectos inmediatos de la dictadura fue la instalación de una revolución capitalista neoliberal (Moulian 1997) que trastrocó en forma radical los fundamentos sociales precedentes. El curso de este proceso de transformación social, asumido y gestionado por los ulteriores gobiernos democráticamente elegidos de la Concertación, ha comportado una metamorfosis de las relaciones entre Estado y ciudadanos, empresa privada y ciudadanos, y entre ciudadanos, así como de los derechos y garantías contratados entre unos y otros.

En particular, como acontece en la actualidad en otros países del mundo, el ideario de un Estado de responsabilidad ilimitada basado en unas nociones de solidaridad mutualista, de ciudadanía amplia y bien común, deja paso a la implementación de un Estado gestor del desarrollo económico con una responsabilidad bien delimitada sobre los derechos y destinos de sus ciudadanos.

Esto, obviamente ha afectado tanto la fuerza cohesiva de representaciones colectivas y la solidaridad orgánica de nuestras sociedades, como la manera de concebir la responsabilidad y la reciprocidad del vínculo social. Es decir, ha implicado un cambio en las bases solidarias de nuestra sociedad. Los diversos informes PNUD (1996, 1998, 2000, 2002a) presentan una buena radiografía de los efectos de estos cambios y sus implicancias para una solidaridad contemporánea.

Seguridad, confianza y equidad

El informe PNUD de 1998, *Las paradojas de la modernización*, presenta información sobre la *seguridad humana* en Chile, y su relación con la confianza y la equidad

percibida en la forma de nuestra vinculación social. El constructo de *seguridad humana*, para el cual el informe usó un índice objetivo (ISHO) y otro subjetivo (ISHS), se refiere a que las personas puedan efectivamente ejercer las nuevas oportunidades que abre la modernización de manera segura y libre para fomentar su propio desarrollo. Por eso se relaciona en forma importante con las garantías percibidas y reales en los sistemas funcionales que gestionan empleo, salud, previsión social, educación y seguridad ciudadana, principalmente, para los planes personales y familiares de vida.

Uno de sus resultados indica que para algunas regiones existen importantes brechas entre el ISHO y el ISHS. Resulta interesante la comparación entre la IX Región de la Araucanía y la Región Metropolitana (RM), cuyos índices objetivos y subjetivos se comportan de manera equivalente pero inversa. Esto es, en términos relativos a nivel nacional, en la IX Región existe menor seguridad humana objetiva pero mayor seguridad humana subjetiva, mientras que en la RM existiría mayor seguridad humana objetiva pero menor seguridad humana percibida. El informe señala que el tipo de brecha entre ISHO e ISHS que afecta a la RM, en donde las condiciones objetivas de seguridad no son *internalizadas* por la población, se explican por una falta de complementariedad entre los sistemas funcionales y las personas, pero no entrega hipótesis sobre qué podría explicar la situación inversa que afecta a la IX Región. Una hipótesis plausible es que ello se relacione con la presencia de recursos psicosociales que mejoren la calidad de vida, como redes de apoyo social más densas y activas.

En cuanto a aspectos de percepciones personales que expliquen la brecha negativa se señala que *la inseguridad se relaciona con la percepción de una subjetividad vulnerada*, en la que figuran de manera importante tres temores básicos: el otro, la exclusión social y el sin sentido, los que implican un cuestionamiento a la confianza en el otro, a la seguridad en un sentido de pertenencia y a las certidumbres que organizan la vida cotidiana, respectivamente.¹ Lo anterior se relaciona con una *retracción de la sociabilidad*, en que las redes se restringen cada vez más a círculos íntimos de familiares y amigos, y en que lo público aparece como un espacio ajeno y amenazador. Así, según el informe, un primer desafío para la sociedad chilena

¹ Resultados relacionados fueron obtenidos con posterioridad por la Fundación Chile 21 (*Opinión Pública* N° 4, 2001), sobre una encuesta telefónica hecha a una muestra aleatoria de 600 mujeres y hombres, en la que delincuencia (59%), cesantía (49%) y salud (36%) encabezan las principales inseguridades experimentadas por las chilenas y chilenos para sí y sus familias. Consistentemente, un 70% estima que tiene mucho riesgo de ser víctima de delitos, un 65% de quedar cesante, un 66% de tener un problema de salud que su plan no cubra, un 61% de no recibir atención de salud buena y oportuna, un 58% de jubilar con una mala jubilación y un 56% de no tener previsión.

sería fortalecer el capital social: “Cuidar y profundizar las distintas formas de sociabilidad, promover las relaciones de confianza y cooperación, en fin, fortalecer el vínculo social entre las personas” (PNUD 1998b:17).

Individualismo, asociatividad y sociabilidad: el debilitamiento de las iniciativas colectivas

El informe PNUD de 2000 señala que la *igualdad y la solidaridad están entre las aspiraciones colectivas más importantes y recurrentes para los entrevistados*, pero que la sociedad chilena actual asiste a un énfasis en la responsabilidad personal para el logro del bienestar individual, y a un debilitamiento de las iniciativas colectivas y de la asociatividad. Muchos chilenos muestran malestar al constatar que este individualismo rompe tanto con los lazos solidarios de antes como con el tipo de relaciones sociales deseadas.

Asentado en los resultados del informe PNUD de 1998 y en la encuesta PNUD de 1999, el informe añade la hipótesis de que este fenómeno estaría relacionado con una *merma en las relaciones de confianza* y, por tanto, del capital social, ya que el vínculo social sólo deviene en capital social cuando la organización social presenta rasgos de confianza, normas y redes que potencian la eficacia social y facilita las acciones coordinadas. Coincidentemente con los resultados de la Encuesta de 1997 (PNUD 1998), la encuesta de 1999 señala que un 63% de los entrevistados expresa que *no se puede confiar en las personas*. Además, las condiciones de pobreza se relacionan con mayores índices de desconfianza (PNUD 2000). El informe plantea que se puede “suponer que el encuentro con el otro, fomentado por la asociatividad, favorece relaciones de confianza y de compromiso cívico que estimulan la adhesión a normas compartidas de reciprocidad” (PNUD 2000:145).

Una hipótesis similar formularon Valenzuela y Cousiño (2000) en un estudio de sociología comparada. Según ellos, la confianza social muestra una vinculación significativa con la percepción de responsabilidad y cooperación social y con la facilidad en el trato con los desconocidos. A la vez, disminuye sentimientos de alienación y lejanía del espacio público, y posibilita mayor lealtad democrática. De hecho, para los autores la diferencia entre las tasas de confianza social chilenas y norteamericanas invierte la conexión habitual entre modernidad y confianza: el promedio histórico de los últimos treinta años en Estados Unidos presenta un 42% de confianza, mientras que en Chile no es más que un 15% (Valenzuela y Cousiño 2000). Esta diferencia se explicaría por el predominio de un *ethos liberal* en Norteamérica, que promueve las alianzas con extraños en torno a intereses comunes, esto es, la asociatividad; versus un *ethos de lógica familiar* chileno, que

privilegia relaciones con conocidos y que sólo confía en el extraño a fuerza de volverlo un familiar, es decir, la sociabilidad. Nuestro *ethos* descansaría en la lógica de la reciprocidad, modelo vinculante de las sociedades simples y cerradas (sociedades domésticas), cuyo núcleo es el acto de dar que obliga a recibir y devolver (Valenzuela y Cousiño 2000).

Individuo y vínculo social: individualismo y competitividad

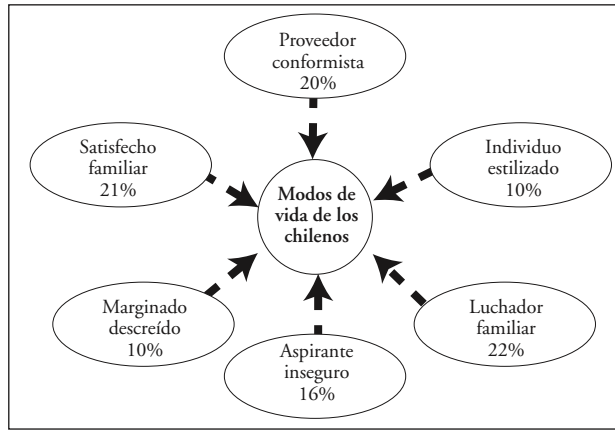
Según es palpable en el informe PNUD de 2002, las configuraciones identitarias guardan una estrecha relación con la caracterización de los modos de vida, con las imágenes de sociedad, y el modo de vínculo social que la caracteriza. Plantea que no se observa una fuente de identidad común, y que la conversación sobre lo chileno sólo cobra sentido cuando se refiere a actitudes y características individuales. Así también los cinco rasgos con que se caracteriza la vida cotidiana del chileno hablan de un entorno de unos contra otros y del alto individualismo: *uno contra otro; uno sin el otro; aparentar ser otro; menos que otros e insignificancia*. También da cuenta de un discurso sobre lo chileno de valencia positiva, pero con una presencia más marginal: una comunidad reunida en torno a relaciones de solidaridad, hospitalidad, trabajo ennobecedor y alegría (PNUD 2002a).

Destaca, además, que la creencia en una identidad colectiva se relaciona con la equidad social y la exclusión social, la posibilidad de participar de los beneficios sociales y sentirse integrados: “No creen en lo chileno precisamente quienes se perciben como excluidos o agredidos por la forma de las relaciones sociales” (PNUD 2002a:81), y viceversa.

La sinopsis de este informe (PNUD 2002b), consistentemente, recoge una configuración de las representaciones que tenemos los chilenos acerca de nuestros modos de vida que da cuenta de dos grupos distintos: ‘exitosos’ y ‘fracasados’. Llama la atención en esta constelación la primacía de figuras individualistas, la consecuente casi ausencia de figuras comunitarias o colectivas y, sobre todo, que estos modos de vida se organicen tan nítidamente en torno al eje éxito-fracaso social (ver figura 1).

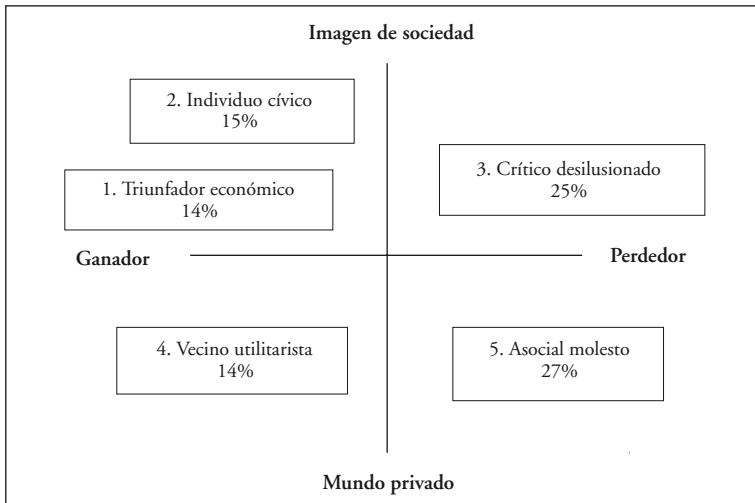
También llama la atención que las imágenes de sociedad se organicen en torno a figuras de *individuos tipo* y no respecto de formas colectivas (como la familia, el barrio o vecindario, el club, etc.), lo que es consistente con el hecho de que dos polos importantes opongan *imagen de sociedad* versus *retraimiento al mundo privado*. Pero es más inquietante aún el que dos de los modelos declarados ‘ganadores’ sean nítidamente los de sujetos individualistas, como el *triunfador económico* y el *vecino utilitarista*, y que también lo sean su contraparte ‘perdedora’, como el *asocial molesto* y el *crítico desilusionado* (PNUD 2000b) (ver figura 2).

Figura 1: Mapa de los modos de vida de los chilenos



Fuente: PNUD (2000b:9).

Figura 2: Imágenes de sociedad



Fuente: PNUD (2002b:10).

Si pensamos, como el informe plantea (PNUD 2002b), que el arraigo social dependerá de la relación entre experiencia de modo de vida y la imagen de sociedad que se construya, el panorama es alarmante, ya que es la imagen misma de sociedad que cuida de sus miembros la que se ve debilitada. ¿Qué arraigo y a qué podrían

temer las chilenas y chilenos contemporáneos? Al parecer, sólo a la eventualidad del triunfo o de la derrota privada.

Ser individuo en la sociedad chilena: dilemas de la individualización

El informe PNUD (2002a) plantea que hoy las personas organizan su vida de manera más individual que en los tiempos de sus padres y abuelos, pero que el grado de individualización no tiene una distribución homogénea en la población. Los hombres (51%) muestran un grado levemente mayor que las mujeres (49%). La autodeterminación sería una tarea más difícil para las mujeres, explicado por la distribución tradicional no equitativa de las responsabilidades y roles según género. También se da una correlación entre edad e individuación tal que mientras más joven mayor grado de individualización. Dos explicaciones plausibles planteadas para este hallazgo son que los jóvenes se han formado en esta nueva orientación hacia el mundo y que, por ser jóvenes, tienen menos responsabilidades y obligaciones, lo cual les posibilita un espacio de mayor flexibilidad para sus propias definiciones y deseos. Finalmente, se observan diferencias significativas en los grados de individualización según estrato socioeconómico, con lo cual se muestra que la capacidad de autodeterminación no sólo depende de las opciones personales, sino también de las condiciones contextuales y materiales (PNUD 2002a).

El informe señala que la identidad personal es tensionada por demandas contradictorias, como la de la autenticidad versus las demandas de la 'máquina' social y de 'la distinción por el éxito'. Estas dos últimas aluden a las dificultades de la individualización en un contexto despersonalizado y altamente competitivo (PNUD 2002a). Al referirse a las demandas de 'la máquina social', describen el sistema social principalmente como una organización económica que gira en torno al trabajo y los sistemas de seguridad social. Desde esta organización emana la *exigencia única del rendimiento individual*. Esta demanda enfrenta a los individuos a dos paradojas: buena parte de las posibilidades de desarrollo personal dependen de los ingresos obtenidos por el trabajo, sin embargo, las exigencias que impone la vida laboral exitosa parecen inalcanzables y este sistema de organización social exige un alto grado de individualización que merma las iniciativas colectivas, no obstante, es vivida como un *proceso de uniformización y despersonalización*.

La exigencia de los otros es descrita como un imperativo de 'la distinción por el éxito': "la voz de los otros exige hacer del sí mismo una representación para los demás" (PNUD 2002a:195). Esta exigencia hace referencia al éxito económico, la trayectoria laboral ascendente, el consumo ostentoso, la apariencia personal y la 'normalidad' familiar. Los entrevistados atribuyen a esta demanda el ser arrastrados

a una actitud competitiva, a la dificultad de pertenecer a colectivos, buscando más bien estar por encima de todo y de todos. A este respecto, el informe plantea que el individualismo, como exacerbación del yo, es la respuesta defensiva de los sujetos ante la percepción de amenazas externas que dificultan y tensionan sus procesos de individualización, una impotencia relativa para moldear el propio entorno y destino, y la debilidad de recursos colectivos disponibles.

La fragmentación social de lo chileno según NSE

Aunque más de la mitad de los encuestados señala que “hoy en día es difícil decir qué es lo chileno” y que “no se puede hablar de lo chileno, todos somos distintos”, todos tienen en común reflejar que “Lo chileno parece haber dejado de ser parte de las identidades obvias, porque no se habla desde ahí, sino que desde fuera, observándolo como un objeto que pertenece a otras personas y otros tiempos” (PNUD 2002a:66). Esta habla varía de manera significativa según la posición socioeconómica: el habla de la elite ve a Chile desde fuera y desde arriba (construye una autoimagen cosmopolita y resalta la diferencia de constituirse como clase ganadora). En el otro extremo, el habla del pobre ve a Chile desde fuera pero por debajo (construye una autoimagen de víctima de la exclusión y resalta el carácter inmóvil y acorralado de su situación). El habla de los sectores medios ve a Chile desde dentro (construye una autoimagen de pertenencia, sin embargo, resalta la desorientación y la frustración de pertenecer a un Chile que no cumple con las promesas de la modernidad, siendo la autocrítica el escape) (PNUD 2002a). De esa manera, la imagen de lo chileno como un orden de integración igualitaria y solidaria ha sido criticada y se ha vuelto inverosímil.

Por eso el informe subraya que “La pérdida de confianza en lo chileno se asocia de manera significativa a la experiencia de debilidad de las relaciones sociales y de las instituciones que la sustentan, tales como la política, las organizaciones sociales o la familia” (PNUD 2002a:73).

Una breve recapitulación

Esta revisión nos permite poner sobre la mesa algunas de las vicisitudes de la solidaridad en este escenario de cambio social.

Por ejemplo, si pensáramos en la posibilidad de una cierta *solidaridad mecánica*, asociada a la presencia de imágenes colectivas cohesionantes, el informe PNUD 2002a presenta más bien un debilitamiento de los referentes colectivos, donde

incluso la identidad nacional resiente fragmentación y distanciamiento (PNUD 2002a). Por otra parte, en lo que tocaría a una posible *solidaridad orgánica*, derivada de la organización y distribución del trabajo y los encadenamientos funcionales, el sistema social es percibido como una 'máquina' impersonal, desigual y que estimula lazos de alta competitividad e individualismo (PNUD 2002a).

Algo semejante ocurre cuando analizamos la relación entre desarrollo, capital social y solidaridad: es posible apreciar que la sociedad chilena acusa una importante presencia de la desconfianza hacia al otro (PNUD 1998, 2000), y posiblemente de un modo de vinculación más caracterizado por un retraimiento hacia las relaciones íntimas y privadas, con primacía de una lógica familiar de la sociabilidad por sobre una de la asociatividad (Valenzuela y Cousiño 2000), lo que limitaría las relaciones solidarias de colaboración y de compromiso hacia causas comunes.

Finalmente, también hemos podido apreciar que estos fenómenos varían según NSE, género y edad, tomando una condición más crítica cuando se trata de minorías como NSE bajos, mujeres y jóvenes (PNUD 2000, 2002a).

Todo ello parece apuntar a que el nuevo orden o pacto social está siendo cuestionado en su capacidad de generar las condiciones mínimas de un vínculo social que pueda ostentar el adjetivo de solidario. Se levanta más bien una mirada que pone en cuestión su sostenibilidad social, acusando desconfianza, desigualdad e individualismo.

Des-solidarida-des-solidarida-: disyuntivas de un cambio

Solidaridad en el habla: altruismo, anhelo y condición de la vida en común

En los 90, Cecilia Dockendorff (1993) realizó una investigación cualitativa sobre la construcción social de la solidaridad con una muestra de 200 personas de la Región Metropolitana, patrocinada por Mideplan y UNICEF. El interés de su estudio fue describir la construcción que hacen de la solidaridad los chilenos, la relación que establecen entre esta y pobreza, y la posibilidad de su promoción. Los entrevistados coincidían en que la solidaridad es importante, motiva e interesa, pero que coexisten dos maneras de concebirla: a) de manera conductual, es decir, como una acción de prestar ayuda económica y b) de sentido, como el reconocer al otro como un semejante en derechos. Aunque se advertía la existencia de condiciones para la expresión de la solidaridad, se planteaba que el modelo económico imperante ha incidido en una pérdida progresiva de los hábitos solidarios de la población. En ese sentido se subrayaba la necesidad de fomentar valores solidarios. Además, las personas reconocían la pobreza como un mal indeseado, pero manifestaban una

tensión entre expresar su potencial solidario o resguardar los propios beneficios, padeciendo *síndromes antisolidarios* (visión prejuiciada o invisibilización de la pobreza). Finalmente, las personas señalaban a la sociedad civil como la protagonista en la construcción de una sociedad solidaria, la que debe realizarse en la vida cotidiana como una cultura solidaria; sin embargo, reconocían que no bastaba con hacer solidaridad, sino que es necesario también educar en ella, lo que implica su fomento concertado y permanente en el nivel social.

Siete años más tarde, el informe PNUD 2000 concluyó que la igualdad constituye una de las aspiraciones colectivas más fuertes y recurrentes en los chilenos y chilenas, y señalaba la promoción de la solidaridad como un camino hacia su logro: “un país donde haya responsabilidad por el otro, por sus infortunios y que sea acogedor” (PNUD 2000:63).

Por su parte, desde una perspectiva de análisis de la cultura y tomando como objeto las consecuencias de las inundaciones del invierno de 2002 y las distintas campañas de ayuda que motivó, el Informe Ethos destinó un número al tema de la solidaridad en Chile. El informe coincide con los resultados de Dockendorff (1993) al señalar que culturalmente la palabra solidaridad posee dos connotaciones: a) una predominante, que la significa como ayuda del que tiene al que no tiene (del rico al pobre), como un acto de generosidad puntual y concreto, y que resalta la bondad del donante, y b) una menos extendida, en que la solidaridad es entendida como responsabilidad social del individuo y de la sociedad con el otro y entre todos, como condición de la vida humana en sociedad y como un imperativo ético (*Informe Ethos* 2002).

Solidaridad: el decurso de una invocación

Otro de los aportes de la investigación de Dockendorff (1993) fue el planteamiento de que los discursos sobre solidaridad estaban variando en concomitancia a las transformaciones sociales, cambiando su uso, connotaciones e implicancias sociales. En efecto, mientras que en el Chile de la predictadura la solidaridad se vinculaba ya fuera al discurso de la justicia social o al de la caridad cristiana, durante la dictadura la solidaridad fue asociada también con el problema de la violación de los derechos humanos, la desprotección e inequidad sociales (Dockendorff 1993).

Por su parte, con el tránsito hacia la democracia la solidaridad dejó de vincularse principalmente con las víctimas de la represión y la persecución políticas que caracterizaron el gobierno militar, y comenzó a subrayarse un sentido relacionado con la pobreza, la equidad y la justicia social, en especial en el discurso de actores sociales del sector público y del tercer sector. No obstante, simultáneamente

dejó de presentarse como una responsabilidad exclusiva del Estado y comenzó a trasladarse progresivamente a un discurso que la señala como ‘asunto de todos los chilenos’ (Dockendorff 1993). Esto, sin duda en el seno de un país que había vivido un auge de las organizaciones privadas sin ánimos de lucro, que vinculaban la gestión de una solidaridad internacional organizada con la implementación de una solidaridad interna destinada a enfrentar los diversos problemas sociales que implicó la dictadura militar.

Tal serie de cambios habilitaron la coexistencia de solidaridades tan diversas como la de Vicaría de la Solidaridad,² Teletón³ y ONGD, como Fundación Solidaria Trabajo para un Hermano,⁴ y otras organizadas en torno a Redesol (Red de Desarrollo Solidario).

En el momento actual, una simple mirada a las diferentes campañas que circulan apelando a la solidaridad, permite constatar tanto la cohabitación de diversas versiones sobre esta, así como también algunas tendencias discursivas (Román, Avendaño y Dockendorff 2006).

Como ya se ha mencionado, los gobiernos de la Concertación han gestionado el cambio de un modelo de Estado cuya solidaridad perseguía el ideario de garantizar la equidad, a otro cuya misión más bien se acota a promover sus condiciones. Esto es, el paso de un Estado ambicioso que pretendía asegurar una igualdad de hecho, a un Estado que se dirige a promover la igualdad de derecho y de oportunidades. Por ejemplo, es emblemático el lanzamiento del programa *Chile Solidario* de Ministerio de Desarrollo y Planificación, con su énfasis en propiciar la igualdad de oportunidades y el ejercicio de la igualdad de derechos.

Esta disminución de la responsabilidad social del Estado se relaciona en forma directa con un aumento de la responsabilidad social de la sociedad civil, encarnada inicialmente de manera paradigmática en el tercer sector, pero también más recientemente en el sector privado con ánimos de lucro. Respecto del primero, es

² Dependiente de la Iglesia Católica, la Vicaría de la Solidaridad fue creada en 1976 como continuidad al trabajo realizado en derechos humanos por el Comité Pro Paz, con el objetivo de ser “una institución, fiel al Evangelio que la inspira, que extendiera la solidaridad a todas las dolencias y tradujera ese mandato en la defensa y promoción de los derechos humanos, en su conjunto, así como lo exige la dignidad de cada ser humano” (Precht 1998).

³ En 1978 se realiza en Chile la primera Teletón, liderada por Mario Kreutzberger, quien tomó el modelo de la iniciativa llevada a cabo en Estados Unidos por Jerry Lewis, denominada “Telethon”, cuyos fondos se destinaron al apoyo de personas con discapacidad.

⁴ Fundación Solidaria para un Hermano se crea en 1982 con el objetivo de dar continuidad a la labor iniciada en 1980 por la Campaña Trabajo para un Hermano, pero esta vez apoyando la sustentabilidad y desarrollo de iniciativas de trabajo por cuenta propia.

posible constatar la presencia de instituciones y campañas que plantean la solidaridad como caridad o beneficencia, a la par que otras instituciones que plantean la solidaridad de habilitación y promoción de oportunidades y derechos.

Así, dentro de este sector se encuentran piezas de publicidad que apelan a una *solidaridad empática* (como la del Hogar de Cristo aparecida en los paraderos de la locomoción colectiva que versaba: “Ponte en el lugar de un pobre”) y a una *solidaridad caritativa* (como la de Traperos de Emaus colocada en revista *Mensaje*, que plantea la donación de “los objetos útiles que ya no usa y que ocupan un lugar en su hogar, oficina o empresa”), pero también las de ONGD que sostienen una *solidaridad promocional* (como la de Fundación Solidaria Trabajo para un Hermano, cuya misión en su portal web plantea “ser un puente de solidaridad entre quienes necesitan trabajo y quienes desean colaborar con ellos, promoviendo y consolidando fuentes de trabajo para personas de escasos recursos”, o aquella de Fundación Contigo cuyo lema era “no regalamos el pescado, enseñamos a pescar”), cuyas implicancias relacionan la solidaridad con la ayuda de los que tienen recursos hacia los necesitados de ellos, pero también a que esa ayuda propicie la autonomía (a través de un trabajo propio estable) y, por ende, promoviendo la equidad más que la caridad.

Pero aun, la creciente alianza del tercer sector con las empresas con ánimos de lucro, promovida a su vez por las reformas tributarias y la popularización del marketing social y la responsabilidad social empresarial, ha implicado cambios importantes en la manera de concebir, practicar y fomentar la solidaridad.

Quizás, históricamente, el hito más visible de esta transformación la encarnan las campañas de la Fundación Teletón. En ellas se operó, merced la mediación de la publicidad, un singular matrimonio entre las antes irreconciliables ideas de *ayuda altruista* y *negocio*: ayudar puede ser un negocio, un negocio puede implicar ayuda. En el mismo momento, se abría una nueva forma de ayuda para el ciudadano común: la posibilidad de apoyar una causa haciendo compras para sí mismo, nada más eligiendo los productos adscritos a la campaña.

Esta fórmula sentó un precedente que se reproduce hasta hoy con escasas variaciones sobre estos mismos principios. Por ejemplo, durante los temporales del invierno de 2001, que causaron cientos de damnificados, las grandes tiendas (como Ripley, Almacenes Paris o Falabella) plantearon la idea de ayudar comprando: por cada prenda de vestir que la persona compraba para sí, la tienda ofertaba donar una equivalente para los damnificados. Estas y otras iniciativas semejantes instalaron, contra la precedente *solidaridad altruista*, la posibilidad de una *solidaridad consumista-egoísta*.

No se agotan aquí las variaciones derivadas de esta alianza. También merece mención lo que ocurre en la campaña de donación del vuelto que lanza Hogar de

Cristo con cierta cadena de supermercado, en cuyos afiches se podía leer la consigna “Ayudar es sencillo”,⁵ que jugaba con las palabras aludiendo a que sólo bastaba con donar el sencillo del vuelto de la compra para ayudar. Tomamos este eslogan por el fuerte contraste que plantea con las palabras del fundador de esta institución y que esta misma hiciera popular en campañas precedentes: “Dar hasta que duela”. Se contraponen aquí una nueva idea de *solidaridad fácil*, versus la precedente de cuño cristiano de una *solidaridad-sacrificio*.⁶ Ayudar puede ser tan fácil como “Dar con tarjeta”⁷ en un portal de Internet. En una línea semejante y consistente con las dos antes señaladas, se puede inscribir la campaña de una de las grandes tiendas del país que ofrece la posibilidad de ayudar a una serie de instituciones a través de la simple compra de una simbólica pulsera plástica cuyo color elegido representa a la institución que será beneficiada, y según la institución que se desee beneficiar será la pulsera a elegir.⁸ Esta campaña subraya un rasgo al que contribuyen esta serie de nuevas formas de ayudar mediadas por el mercado, y es la de una suerte de *solidaridad a la carta*: hay productos de solidaridad y posibilidades de consumo solidario, para todos los gustos.

Hasta aquí podemos apreciar un relevo en las formas de promover la solidaridad desde ideas como *solidaridad-sacrificio* y *solidaridad altruista*, por otras de una *solidaridad fácil* y una *solidaridad egoísta*, vinculadas a una versión de la *solidaridad como consumo*, que se contrapone, por tanto, a la idea más general de *solidaridad como dar*.

Pero aun es posible encontrar un giro más en esta nueva familia de campañas, que sustraen la solidaridad de este campo semántico precedente del dar, y es la de la *solidaridad como inversión*. Un buen ejemplo de ello lo constituyen las piezas de publicidad de la campaña del Fondo Esperanza del Banco de los Pobres del Hogar de Cristo. Amén del llamativo enlace de estilos léxicos provenientes del mudo cristiano y del mundo empresarial, que tiene lugar en formulaciones como “Banco de los pobres”, “se depositan esperanzas” o en la sigla “FE” para “Fondo Esperanza”, lo verdaderamente interesante de estas piezas es su invitación final: “sea un inversionista

⁵ Campaña realizada por el Hogar de Cristo en asociación con la cadena de supermercados Santa Isabel, durante el período 2000-2001.

⁶ Sintomáticamente, puede apreciarse un contraste muy semejante entre un afiche de Coaniquem, que en alianza con una cadena de farmacias planteaba: “Ayudar a un niño de Coaniquem es sencillo”, y el slogan de la misma institución: “Todo por el niño quemado”.

⁷ Disponible en www.darcontarjeta.cl

⁸ Campaña “APULSO” de Almacenes Paris, en la que se puede ayudar a las siguientes instituciones por medio de la compra de una pulsera de \$1000: Bomberos de Chile, Fundación Arturo López Pérez, María Ayuda, Aldeas Infantiles SOS Chile, Fundación Las Rosas y UNICEF.

social”. Y es que invertir es, valga la redundancia, exactamente lo inverso, al verso de dar.⁹

Tenemos en parte una pluralización de solidaridades: a la caridad, la beneficencia y el sacrificio se suman la habilitación, como promoción de condiciones de equidad y como protección en el ejercicio de derechos, y a las versiones de la solidaridad del dar se añaden las del consumo (fácil y egoísta) y las de la inversión.

Sin embargo, si aceptamos el principio de que la ‘oferta’ mediada por la publicidad no sólo responde a una ‘demanda’, sino que también la crea, debemos asumir que estos cambios en las ofertas de formas de hacer solidaridad participan de un cambio cultural más complejo, en el que lo que antaño se entendía por solidaridad está siendo radicalmente reformulado y reeducado. De hecho, es posible apreciar un movimiento desde una solidaridad mutualista de Estado, pasando por una solidaridad altruista de sociedad civil, a otra mediada y entendida en los términos del mercado, como consumo egoísta e inversión.

Solidaridades y des-solidaridades al gusto y desagusto

Sobre la suerte de la solidaridad en su cotidiano, tenemos algunos resultados interesantes de un estudio exploratorio de carácter cualitativo que hicimos durante el año 2004 (Román, Silva y Tomicic 2005). Entrevistamos a 30 adultos, hombres (15) y mujeres (15) de la ciudad de Santiago, de diferentes sectores de empleo (público, privado con ánimos de lucro y tercer sector) y distinto NSE (bajo, medio y alto). Del análisis de las entrevistas emergieron tres grandes versiones sobre solidaridad:¹⁰ i) una solidaridad asistencial/descomprometida, ii) una solidaridad relacional/comprometida, y iii) una solidaridad promocional y de la responsabilidad social.

La *solidaridad asistencial/descomprometida* fue descrita por todos los entrevistados hombres y por las entrevistadas mujeres de niveles socioeconómicos alto y medio y sectores de empleo público y privado, para dar cuenta de una versión realizada y a la vez criticada de la solidaridad: se trataba de una solidaridad típicamente hecha en un ámbito despersonalizado, habitualmente mediante una ayuda pecuniaria puntual directa (al solicitante) o indirecta (a una institución), y que era criticada por ser una solidaridad fácil, descomprometida y superficial.

⁹ Campaña lanzada en los paraderos y periódicos durante el primer semestre del año 2004.

¹⁰ Tanto el muestreo como el análisis se hicieron siguiendo las recomendaciones de la Grounded Theory (Strauss & Corbin 1990, 1991).

En tanto, la *solidaridad relacional/comprometida* fue explicada por todas y todos los entrevistados para dar cuenta de una forma preferida y habitual de realización de la solidaridad, habitualmente destinada al ámbito de los seres próximos (familia, trabajo) y consistente en comprensión o apoyo psicológico y pequeños favores. Con ella también se describió el tipo de solidaridad realizada en actividades de voluntariado, pero como casos externos y no de la propia vida.

Finalmente, la *solidaridad promocional y de la responsabilidad social* fue presentada por entrevistados hombres de niveles socioeconómicos medio y bajo que trabajan en ONG y por entrevistadas mujeres que trabajan en ONG para dar cuenta de una forma ideal de realización de la solidaridad en el ámbito público, de carácter sistémico, cuya responsabilidad recaería principalmente en el Estado y secundariamente en el tercer sector: se trataría de una solidaridad dirigida a corregir los aspectos estructurales de la desigualdad social a través de políticas y programas públicos, y de la promoción de condiciones de autosuperación de los sectores desfavorecidos.

Cuando se interrogó a los entrevistados respecto de aspectos que dificultaban y facilitaban la realización de la solidaridad, estos variaron según el tipo de solidaridad de que se trataba, pero también según las variables inicialmente consideradas, en especial la de género.

En la explicación de la solidaridad asistencial/descomprometida fue descrita como principal dificultad la desconfianza. Para la ayuda directa se menciona el que el beneficiario pueda estarse aprovechando de la ingenuidad o generosidad del benefactor. En caso de la ayuda institucionalmente mediada, se menciona el hecho de que las instituciones y los actores que participan de las campañas sacan beneficios de la acción solidaria (dinero, publicidad, dividendos políticos, etc.). También, en particular en cuanto a lo que atañe a la ayuda directa en el caso de las entrevistadas mujeres de NSE alto y medio, el miedo es señalado como otro obstáculo, frente a la posibilidad de verse objeto de agresiones producto del resentimiento social en la relación cara a cara.

Los entrevistados hombres señalan también como obstaculizador el carácter forzado de la ayuda. Sin embargo, tanto varones como mujeres coinciden en que facilitan este tipo de solidaridad, por una parte, las condiciones de la vida contemporánea (como ritmo de vida y creciente egoísmo e individualismo) y, por la otra, que frente a este contexto esta forma de ayuda se preste como fácil y cómoda, y en cuando a la ayuda mediada requiere menos tiempo y no implica establecer relaciones con los más pobres.

Como obstaculizadores de la solidaridad relacional/comprometida son descritos el individualismo, la falta de atención al otro y la desconfianza, y como facilitadores los valores y obligaciones morales promovidos por la Iglesia Católica.

Los entrevistados hombres refieren específicamente como aspectos que dificultan la realización cotidiana de esta forma de solidaridad la falta de recursos afectivos (como por ejemplo disposición y atención al otro, empatía) y habilidades personales (para escuchar y contener al otro, para la realización de favores concretos) y la popularización de la forma de solidaridad asistencial/descomprometida como manera imperante de hacer solidaridad. En tanto, como facilitador mencionan el estilo de vida en la ciudad, que constriñe los espacios y tiempos de posible encuentro con eventuales desconocidos necesitados de solidaridad, ofreciendo la vida cotidiana próxima e íntima un espacio preferente para la solidaridad.

Las entrevistadas mujeres señalan como obstaculizadores de este tipo de solidaridad la dificultad y el sacrificio personal que implica esta forma de hacer solidaridad, la circunscripción al grupo familiar (derivada de la responsabilidad por el bienestar del propio grupo familiar) y la dedicación socialmente estimulada al ascenso socioeconómico del propio núcleo familiar (que estimula una relación de competitividad entre hogares vecinos, más que de colaboración). Como facilitadores son mencionados la socialización y práctica de la solidaridad en el entorno familiar, las instituciones de ayuda solidaria que incentivan el voluntariado, el sentimiento de la propia vulnerabilidad y el conmoverse con el sufrimiento del otro (haciendo presente la posibilidad cierta de que el benefactor pueda también requerir ayuda en algún momento, lo que facilita la empatía con la necesidad y el sufrimiento del otro).

Por último, en la explicación de la solidaridad promocional y de la responsabilidad social, los obstaculizadores y facilitadores de la solidaridad descritos adquieren sentidos distintos de acuerdo a la índole de la explicación. Los entrevistados hombres describen como principales dificultades para realizar la solidaridad promocional el que esté extendida (masificada) una forma asistencialista de la solidaridad. Subrayan la ineficacia de este tipo de ayuda material, que se agota y no conduce a un cambio en las condiciones de pobreza, y que no contempla una organización tendiente a su efectividad en el largo plazo. De manera opuesta, aspectos facilitadores de este tipo de solidaridad serían el carácter planificado de la acción solidaria por parte de las instituciones de ayuda y del gobierno a través de la legislación, dirigidas a generar condiciones de habilitación y desarrollo para los más pobres. Así, es posible apreciar un énfasis en hacer una solidaridad más eficiente, que no implica necesariamente un cambio en la estructura social.

Las entrevistadas mujeres, en cambio, describen como principales dificultades para realizar esta solidaridad el individualismo y la falta de una visión colectiva, la religión que promueve cierto conformismo social y reproduce situaciones de inequidad social en su misma estructura, y formas de solidaridad ‘empaquetadas’ (tales como las campañas solidarias y el mes de la solidaridad). Por otra parte, facilitador de esta manera de realizar la solidaridad sería el que existiese un compromiso de

nuestra sociedad con la educación para la solidaridad. De esta manera, enfatizan una solidaridad crítica y transformadora de algunas de las estructuras sociales actuales que sostienen el individualismo, el conformismo y la inequidad social.

Aunque no es posible extraer de aquí planteamientos concluyentes, estos resultados son lo suficientemente sugerentes y coincidentes en ciertos aspectos con estudios previos (como los antecedentes de los informes PNUD y la investigación de Dockendorff ya revisados más arriba) y permiten alumbrar algunas cuestiones inicialmente relevantes. Por una parte, el hecho de que las versiones acerca de la solidaridad varían según la posición social, al menos según género y NSE, aunque también según la institución en que se trabaja. Al mismo tiempo, a pesar de estas variaciones, existen algunas descripciones y valoraciones comunes acerca de la solidaridad, el entorno social y la posición de adulto. Por ejemplo: a) la descripción de un tipo de solidaridad asistencial como la más habitualmente realizada, pero a la vez criticada por ser fácil y descomprometida; b) el repliegue de un tipo de solidaridad más valorada, por su compromiso, hacia el ámbito íntimo familiar y de amistades; c) el planteamiento de una solidaridad promocional como deseo de futuro y deber ser se pone bajo la responsabilidad de instituciones públicas y del tercer sector, y d) la identificación del miedo, la desconfianza, el acelerado ritmo de vida, el individualismo y el egoísmo, como ingredientes de la cultura de la vida cotidiana de la ciudad, que tornan difícil el ejercicio de una solidaridad directa, comprometida y promocional en el ámbito.

Sumario

Nos propusimos como objetivo de este artículo *poner un halo de extrañamiento sobre la noción de solidaridad, de tal forma de dejar de pensarla como dato, y poder comenzar su reflexión como un problema de estudio en la investigación social nacional.*

Iniciamos esta empresa haciendo un recorrido por algunas nociones teóricas sobre solidaridad y algunos constructos afines. La etimología de la palabra solidaridad nos remitía doblemente hacia la índole de un vínculo contraído (solidario), consistente en que cada uno de los contrayentes se obligaba a responder (en sólido) por el total, y viceversa; y mediante el cual devenían mutuamente solidarios unos respecto de otros. Las nociones de solidaridad mecánica, solidaridad orgánica y solidaridad mutualista tienen en común con su precedente el caracterizar también un tipo de vínculo social según su base en la cohesión de las representaciones colectivas, de la organización y distribución del trabajo socialmente necesario, o del tipo de responsabilidad social del Estado hacia cada uno, y de cada uno hacia el Estado, respectivamente.

En cambio, cuando contemporáneamente se piensa la solidaridad como uno de los componentes del capital social, en particular como habilitadora de una disposición a tomar parte de una causa común, como la confianza y la capacidad asociativa, es considerada entonces como un tipo de capital que debe ser promovido y desarrollado para asegurar el crecimiento económico y social de un país.

Por su parte, la psicología social dominante más bien ha parecido inclinarse hacia el estudio de nociones más vinculadas a la solidaridad de tipo altruista, espontánea, como las abarcadas bajo el constructo de comportamiento prosocial. Esto, salvo el aporte del psicólogo social latinoamericano Ignacio Martín-Baró, quien vuelve a remitir la solidaridad a la promoción de la equidad social y, por tanto, a la calidad de las relaciones sociales y del vínculo social.

Otros constructos que resultaron relevantes por su potencial utilidad para un estudio de la solidaridad en Chile son los de apoyo social proveniente de la psicología comunitaria, y el de responsabilidad social, actualmente más desarrollado en torno a la cuestión de la responsabilidad social institucional (empresarial o universitaria, por ejemplo).

Como cierre de esta primera parte, atendiendo a la polisemia de la noción de solidaridad, tanto en la academia como en el cotidiano profano, y, sobre todo, a su uso constante en la cultura nacional para tratar asuntos de interés colectivo, propusimos la utilidad de usar una perspectiva de estudio empíricamente fundada, sensible a las construcciones emergentes de la solidaridad, los discursos que las sostienen y sus efectos sociales. Nos referíamos a los estudios discursivos construccionistas.

En una segunda parte del artículo, esta apertura nos llevó a pasar revista a una suerte de estado de la cuestión de la solidaridad en Chile, usando para ello datos secundarios, principalmente extraídos de los informes PNUD, relacionados con las acepciones de solidaridad antes revisadas. El balance: la dificultad de la solidaridad de un vínculo social de una sociedad que se moldea en un juego competitivo de ganadores y perdedores, en donde las personas se sienten tratadas de manera impersonal, y no se perciben responsabilidades compartidas o del Estado hacia cada uno.

Destinamos luego una tercera parte del artículo a una revisión de la solidaridad en el habla cotidiana, haciendo un ejercicio sobre nuestra propuesta. La primera constatación es la existencia de al menos dos acepciones gruesas de solidaridad, una que la vincula a responsabilidad social, y otra de tipo espontaneísta y coyuntural. Seguidamente, hicimos un breve recorrido por algunos cambios en la construcción de la solidaridad en la sociedad chilena, según se la trata en el discurso, sobre todo, de piezas de publicidad. Evidenciamos allí una pluralización de solidaridades, pero también un giro de las formas precedentes de solidaridad, vinculadas a la donación, la gratuidad y el sacrificio, hacia otras en boga, asociadas al consumo para sí y la

facilidad, instalando lo que llamamos una *solidaridad a la carta*, que presenta una tendencia a un tipo de solidaridad de consumo de orientación egoísta.

Esto contrastó con los resultados de una investigación con adultos, varones y mujeres, de distinto NSE, en la que encontramos una crítica justamente a este último tipo de solidaridad, por considerarla fácil y asistencialista. Sin embargo, se la estimaba facilitada por el modo de vida contemporáneo, en que las exigencias diarias sólo posibilitaban una solidaridad de este tipo u otra más bien de la intimidad con familiares y amigos. Resaltaban, empero, la necesidad de una solidaridad de promoción de la equidad y de responsabilidad social, pero cuya realización no recaería en la esfera de las posibilidades individuales, sino en el ámbito de instituciones del Estado o del tercer sector.

Aunque las fuentes revisadas son de diversa índole y los resultados de diferente alcance, ha sido posible contribuir a abrir una problematización de la solidaridad en nuestro contexto nacional.

Partiendo del protagonismo que la palabra tiene en la vida cotidiana, la primera cuestión relevante es poder rastrear en qué sentidos es usada, en qué contextos discursivos y con qué efectos sociales. También es evidente la necesidad de poner en diálogo resultados de investigaciones de este tipo con los constructos disponibles en ciencias sociales y afines, con el objeto de permitir algunas formalizaciones que amparen estudios de mayor extensión o intensidad.

Finalmente, asimismo es necesario nutrir desde allí la discusión política: ¿qué solidaridades son posibles en el nuevo ordenamiento social?, ¿cuáles son alentadas y cuáles son socavadas?, ¿cómo los cambios en los discursos acerca de solidaridad se relacionan con cambios en las formas de concebir el gobierno, la nación, el Estado y responsabilidad social?, ¿cómo se relaciona el debilitamiento de la solidaridad mutualista con la cohesión social, la asociatividad y la sociabilidad?, ¿hasta qué punto las nuevas formas de solidaridad de consumo ofertada contribuyen en la promoción de un determinado *ethos* social solidario o en qué medida siguen más bien la dirección contraria? Estas son apenas algunas de las cuestiones que valdría el esfuerzo enfrentar.

Referencias bibliográficas

- Abril, Vicente, 1997. *Apoyo social y salud*. Valencia: Promolibro.
Baron, Robert y Donn Byrne, 2000. *Psicología social*. Madrid: Prentice Hall.
Barrera, Loreto, 2000. *Claves del optimismo*. Madrid: Libro-Hobby-Club.
Cutrona, Cheryl, 1996. *Social Support in Couples; Marriage as a Resource in Times of Stress*. Thousand Oaks, CA: Sage.

- De Cremer, David y Mark Van Vugt, 1998. "Collective identity and cooperation in a public goods dilemma: a matter of trust or self-efficacy?" *Current Research in Social Psychology*, Vol. 3, N° 1. Disponible en: <http://www.uiowa.edu/~grpproc/crisp/crisp.3.1.htm> [abril 2004].
- De Lucas, Javier, 1993. *El concepto de solidaridad*. México DF: Distribuciones Fontamara.
- Dockendorff, Cecilia, 1993. *Solidaridad: la construcción social de un anhelo*. Santiago: Mideplan, UNICEF, FOSIS.
- Donaldson, Thomas, Patricia Werhane y Margaret Cording, eds., 2002. *Ethical Issues in Business. A Philosophical Approach*. New Jersey: Prentice May.
- Donaldson, Thomas y Patricia Werhane, 2002. "Introduction to ethical reasoning." En: Thomas Donaldson, Patricia Werhane y Margaret Cording, eds. *Ethical Issues in Business. A Philosophical Approach*. New Jersey: Prentice May, 1-11.
- Edwards, Derek y Jonathan Potter, 1992. *Discursive Psychology*. London: Sage.
- Errázuriz, Margarita, 2001. "Solidaridad, democracia y cultura para el desarrollo. Ética y desarrollo." Encuentro internacional organizado por el Banco Interamericano de Desarrollo. Disponible en: <http://www.iadb.org/etica/sp4321-i/DochHit-i.cfm?DocIndex=567> [marzo 2004].
- Farr, Robert, 1986. "Las representaciones sociales." En: Sergei Moscovici, ed. *Psicología social II*. Barcelona: Paidós, 495-506.
- Fundación Chile 21, 2001. "Percepción ante los riesgos: inseguridades de los chilenos." *Opinión Pública* N° 4. Disponible en: <http://www.chile21.cl/opinion/4.act> [junio del 2004].
- Gergen, Kenneth, 1996. *Realidades y relaciones. Aproximaciones a la construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Gracia, Enrique, Juan Herrero y Gonzalo Musitu, 1995. *El apoyo social*. Barcelona: PPU.
- Herzlich, Claudine, 1975. "La representación social." En: Sergei Moscovici, ed. *Introducción a la psicología social*. Barcelona: Planeta, 391-418.
- Hogg, Michael y Sarah Hains, 1996. "Intergroup relations and group solidarity: effects of group identification and social beliefs on despersonalized attraction." *Journal of Personality and Social Psychology*, 70: 295-309.
- Ibáñez, Tomás, 1989. *Ideologías de la vida cotidiana*. Barcelona: Sendai.
- , 1994. *Psicología social construccionista*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- , 1996. "Construccionismo y psicología." En: Ángel Gordo y José Linaza, eds. *Psicologías, discursos y poder (PDP)*. Madrid: Visor, 325-338.
- Informe Ethos* N° 23, 2002. "Solidaridad." Disponible en: http://etica.uahurtado.cl/informe_ethos/05informe23.htm [noviembre 2003].
- Íñiguez, Lupicínio, 2003. "El giro lingüístico." En: Lupicínio Íñiguez, ed. *Análisis del discurso: manual para las ciencias sociales*. Barcelona: Editorial UOC, 21-42.

- Jodelet, Dense, 1986. "La representación social: fenómenos, concepto y teoría." En: Sergei Moscovici, ed. *Psicología social II*. Barcelona: Paidós, 469-494.
- Lin, Nan y Walter Ensel, 1989. "Life stress and health: Stressors and resources." *American Sociological Review*, 54, 382-399.
- Lin, N., A. Dear, y W. Ensel, 1986. *Social Support, Life, Events and Depression*. New York: Academic Press.
- Martín-Baró, Ignacio, 1995. *Acción e ideología*. San Salvador: UCA.
- Mauss, Marcel, 1999. "Essai sur le don. Formes et raison de l'échange dans les sociétés archaïques." En: Marcel Gauss, ed. *Sociologie et anthropologie*. Paris: PUF, 143-249.
- Moulian, Tomás, 1997. *Chile actual: anatomía de un mito*. Santiago: Lom Ediciones.
- Moya, Miguel, 1999. "Ayuda y altruismo." En: J. Francisco Morales, ed. *Psicología social*. Madrid: MacGraw Hill.
- Petrella, Ricardo, 1997. *El bien común. Elogio de la solidaridad*. Madrid: Debate.
- PNUD, 1996. *Desarrollo humano en Chile*. Santiago: Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo.
- , 1998. *Desarrollo humano en Chile: Las paradojas de la modernización*. Santiago: Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo.
- , 1998b. *Sinopsis desarrollo humano en Chile: Las paradojas de la modernización*. Disponible en: <http://www.desarrollohumano.cl/ele98.htm> [mayo 2004].
- , 2000. *Desarrollo humano en Chile. Más sociedad para gobernar el futuro*. Santiago: Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo.
- , 2002a. *Desarrollo humano en Chile. Nosotros los chilenos: un desafío cultural*. Santiago: Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo.
- , 2002b. *Sinopsis desarrollo humano en Chile. Nosotros los chilenos: un desafío cultural*. Disponible en: <http://www.desarrollohumano.cl/textos/sin2002/sinopsis.pdf> [abril 2004].
- Potter, Jonathan, 1998. *La representación de la realidad. Discurso, retórica y construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Potter, Jonathan y Margaret Wetherell, 1987. *Discourse and Social Psychology*. London: Sage.
- Precht, Cristián, 1998. *En la huella del buen samaritano: breve historia de la Vicaría de la Solidaridad*. Santiago: Tiberíades.
- Real Academia Española (RAE U), 1992. *Diccionario de la lengua Española*. Madrid: Espasa Calpe.
- Rivera, N., 2002. *Estudio exploratorio sobre cómo viven la responsabilidad social los adolescentes escolares de tres colegios de Santiago*. Tesis (Mg), Escuela de Psicología, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Román, José, Cecilia Avendaño y Cecilia Dockendorff, 2006. Proyecto Fondecyt N° 1061250. *Solidaridad, discursos y prácticas: estudio sobre construcción social de la solidaridad en hombres y mujeres, adultos y jóvenes, de la ciudad de Santiago, y en piezas de*

- publicidad de campañas solidarias de instituciones públicas, privadas y tercer sector*. Santiago: Universidad Alberto Hurtado, Universidad de Concepción, Fundación Soles.
- Román, José, Carmen Silva y Alemka Tomicic, 2005. *Informe final de investigación: la solidaridad desde la vida de chilenas y chilenos adultos y desde las convocatorias a la acción solidaria*. Santiago: Universidad Alberto Hurtado.
- Shotter, John, 2001. *Realidades conversacionales*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Teixidó, Soledad y Reinalina Chavarri, 2000. *La acción filantrópica como un elemento de la responsabilidad social: el caso chileno*. Santiago: PROhumana.
- Tironi, Eugenio, 1998. "La sociedad como 'lugar de vida moral': una aproximación a la sociología de Durkheim." *Estudios Públicos*, 71, 63-88.
- Valenzuela, Eduardo y Carlos Cousiño, 2000. "Sociabilidad y asociatividad. Un ensayo de sociología comparada." *Estudios Públicos*, 77, 321-339.
- Vecina, María Luisa y Fernando Chacón, 1999. "Estudio sobre las motivaciones de una muestra de voluntarios españoles en el campo del sida." *Estudios de Psicología*, 62, 55-66.
- Worchel, Stephen, Joel Cooper, George Goethals y James Olson, 2002. *Psicología social*. México DF: Thomson.